

GUADALUPE OROZCO

42

días

endira

**¡Gracias por empezar a leer las
primeras páginas de este título!
Te doy un trato preferente porque lo
mereces, disfruta de esta lectura y no
te pierdas la oportunidad de tener este
gran libro en tus manos.**

**Saludos,
Editorial Endira**

Índice

42 Días.....	4
Quince años más tarde.....	13
6 meses más tarde.....	29
Día 1.....	75
Día 2.....	81
Día 5.....	87
Día 6.....	93
Día 9.....	99
Día 10.....	105
Día 12.....	111
Día 18.....	115
Día 22.....	121
Día 24.....	127
Día 26.....	131
Día 31.....	133
Día 32.....	139
Día 35.....	143
Día 36.....	147
Día 39.....	149
Día 41.....	153
Día 42.....	157
EPÍLOGO.....	159

42 Días

Los últimos asientos en el centro del gran teatro de la Ciudad de México estaban ocupados. Los murmullos de los asistentes eran bajos para evitar el eco por las enormes paredes diseñadas para mejorar la acústica. Sus vestimentas eran elegantes, por lo menos de cóctel, y apenas a una decena de niños les fue permitida la entrada por ser hijos de importantes funcionarios. Grandes telones rojos aterciopelados caían con todo su peso sobre el imponente escenario, pareciendo el de la Ópera de París. Los asientos rojos mullidos, que normalmente harían contraste por su color con los balcones pintados en color oro, armonizaban perfectamente. Los techos se levantaban el equivalente a tres pisos, y con su forma cóncava daban la ilusión de ser más altos aún. Se respiraba un ambiente ansioso y mágico, característico de un sitio que tenía más de doscientos años de haberse erigido y que solo abría para ocasiones especiales. Sin duda este evento representaba el mayor éxito en taquilla porque no cabía un alma más, y no les había costado darle fama a lo que iba a suceder: el tiempo y la fortuna se encargaron de ello.

Algunos habían escuchado rumores, otros habían visto segundos de la presentación en lugares informales, como en casas o en alguna escuela, y siempre quisieron más.

Personas de joven adultez y de avanzada edad se encontraban con el mismo interés y animosidad para presenciar aquello. Una joven pareja se situaba en la primera fila, con más emoción por lo que estaban por vivir que los demás, y alrededor de ellos, la prensa nacional. Esto no era cualquier cosa.

Se anunció la tercera llamada y la iluminación disminuyó paulatinamente de intensidad.

Se hizo completa oscuridad. Las voces se silenciaron de inmediato, mientras subía el telón dando paso a una luz sobre el escenario.

Una hermosa niña de siete años apareció de un extremo y tranquilamente se dirigió al centro donde se encontraba el micrófono. Vestía una blusa blanca con holanes y una falda larga color cereza hasta la mitad de sus pantorrillas que le resaltaba su tez blanca y sus enormes ojos cafés. Los abrió de par en par, se leía claramente su perplejidad al ver a tantas personas reunidas allí, frente a ella, pero al mismo tiempo su porte recto y firme demostraba una seguridad de alguien con su inocencia. Bajó el micrófono unos centímetros más, tomó aire, y con una voz dulce, de excelente dicción y entonación, comenzó a relatarles a todos un cuento. Sí, un cuento:

“Hace algunos años que sucedió esta historia, y probablemente como la narra una persona pequeñita dudarán que sea verdad, pero lo es. Cuando las hojas de los árboles en otoño comenzaban a tornarse café rojizo, y el viento hacía que bailaran por doquier, sucedió algo que hizo que la pequeña Martina decidiera nunca dejar de soñar.

La noche la acogía como cualquier otra, su madre calurosamente antes de dormir la tapó con una sábana y su cobija favorita, lista para comenzar a pensar en todas las fantasías posibles que Dios pudiera enviarle cuando cerrara los ojos. Mamá entonces le dijo suavemente a su hija:

—Martina, mi nena, mañana por la mañana papá y yo tenemos que ir temprano a desayunar con unas personas de su trabajo, es algo de adultos, pero antes de mediodía estaremos de regreso. Mañana no hay escuela, por lo que te veremos al volver.

La pequeña Martina sonrió mientras su sueño iba ganando la batalla y mamá salió de la habitación cuidadosamente.

Grande fue la sorpresa de Martina cuando su despertar lo causó una luz naranja. Pensó que el sol mismo estaba a unas calles de ahí, pero en su lugar se dio cuenta que sobre la protección de su ventana había cientos de mariposas monarca posando como en una

pintura solamente para ella. Se quitó inmediatamente la cobija y tocó el piso frío con sus calcetitas de colores para caminar hacia allá. ¡La suerte que tenía que mamá no hubiese cerrado las cortinas la noche anterior! Las contempló, una a una, con sus delicadas alas, moviéndose lentamente algunas y juguetonamente otras, cambiando de lugar. El cuarto de Martina parecía inundado de radiantes colores, pues el reflejo de la luz atravesaba las alitas de todas las mariposas.

Conforme la mañana iba avanzando, por grupos las mariposas se iban volando. Martina las seguía con la mirada hasta perderse en las copas de los árboles, en el azul del cielo o en las flores cercanas. Apenas tomó aire para terminar de disfrutar el regalo que le trajo el nuevo día cuando escuchó un intenso trueno. El cielo comenzó a cerrarse en una inmensa oscuridad repleta de nubes grises, en lo que a ella le parecieron segundos se desató la lluvia. La lluvia no era algo por lo que la pequeña Martina habría de sentir miedo, no señor, era fuerte y valiente. Sin embargo, al oír un ruido cerró los ojos tratando de concentrarse intensamente en escuchar con atención: había música allá afuera.

¿Música, lo pueden creer? Necesito que junto con Martina, escuchen la música.”

Los espectadores salieron de su estado de admiración y atención para entender que la pequeña niña de mejillas ardientes estaba pidiéndoles su participación. Todos dejaron de moverse, los niños contuvieron la respiración y los adultos respiraban más despacio para no perder un detalle. Sutilmente una canción desconocida se entonaba clara, pero no familiar.

La pequeña niña continuó:

“Martina no comprendía de dónde podía provenir música tan clara habiendo una lluvia que opacaba hasta a un tenor. Era una melodía repetitiva, sin embargo armónica y relajante, que le provocaba una inmensa paz. Se sentó en su camita a disfrutar los sonidos.

Después de acostumbrarse al peculiar tono de la lluvia pudo agudizar su oído y al creer saber lo que

sucedía volvió nuevamente a la ventana, entonces se echó a reír de contenta: en el jardín había cubetas boca arriba, boca abajo, algunas piedras grandes, un pequeño charco y láminas de distintos tamaños, entre otros materiales que papá había dejado dispersos por ahí.

Las gotas que caían rítmicamente sobre cada uno de esos objetos no hacían ruido, entre todos hacían música. La lluvia solamente era la guía para entonar, pero los sonidos se distinguían perfectamente como cuando su mamá cantaba lindamente una canción por la mañana, o como cuando iba a la escuela y la radio emitía sonidos así. ¡Qué bien que papá no guardó todo eso la noche anterior!

Repentinamente, la lluvia cesó dando paso a un arcoíris tan pequeño que Martina creía que estaba hecho exclusivamente para el jardín de su casa, como agradeciendo tan bello concierto que las cosas de papá le habían obsequiado al mundo.

Las hojas del árbol que estaba frente a su ventana se veían algo caídas como por el efecto del agua sobre ellas, pero algo más extraño era lo que realmente sucedía: cada vez apuntaban más todas al suelo, como queriendo señalar algo. Martina, a su corta edad, sabía que no era normal, pero finalmente ¿qué tanto pudiera ella haber conocido del mundo? Ese era el problema con los adultos, no creen en las maravillas que puede haber frente a ellos porque todo el tiempo suponen que lo saben todo.

Lo único que sabía Martina además que ese efecto de gran peso sobre las hojas no era normal, era que ese árbol definitivamente no tenía flores, y por tanto, tampoco un fruto. Eso mamá se lo tenía muy claro.

Tal vez mamá debería de estar presente para ese momento, porque las hojas estaban de esa manera para que unas minúsculas esferas rojas se deslizaran con gracia desde la parte más alta de la copa del árbol hasta el césped. Al llegar ahí, por la misma forma a la que se habían amoldado las relucientes hojitas, hacían que los frutos rojos cayeran como si fuesen plumas, lenta y

graciosamente. Martina abría más sus ojos como para poder asimilar todo cuanto hubiera alrededor.

Cuando se percató que no podría salir a recoger ninguna, penosamente dijo en voz alta:

—Si tan solo probara una...

Y el viento sopló ligera y hábilmente... o al menos, esa sería la única explicación, pues Martina se percató que las hojas seguían apuntando de una forma extraña, pero en esta ocasión parecía que formaban uno de esos toboganes que papá le dijo que tendría para su cumpleaños. Y ese tobogán estaba sin duda alguna, dirigido hacia ella.

Uno a uno los brillantes frutos rojizos empezaron a caer al césped y ordenadamente en fila se fueron cuesta abajo hacia la pared de Martina. Apenas un metro antes, se interponía una de las grandes rocas que previamente fue de las principales en la orquesta bajo la lluvia. Y fue lo que parecía el obstáculo, la mejor ayuda: tenían ya tanta velocidad las esferitas coloradas que la piedra sirvió para que estas rebotaran directamente hasta la ventana de la nena.

Martina consiguió, difícilmente, abrir la ventana apenas para tomar un puñado y probar el primero. Sabían a cerezas acarameladas y eran suaves al morderlas. Definitivamente no más papaya ni manzana, esas frutas que mamá le preparaba, si esto también era una fruta las comería en su lugar para siempre.

Guardó las restantes en uno de sus burós blancos para más tarde, y como si sintieran que dieron lo suficiente, los frutos dejaron de caer y las hojas volvieron a la normalidad. No había vuelto a asomarse a la ventana cuando notó que el sol estaba entrando descaradamente por su cuarto. Sabía que ese calor anunciaba la hora de llegada de sus padres. Escuchó a los segundos una voz muy reconocible, era papá:

—¡Martina! ¿Lista para comer?

La voz de papá la llenó de contento y las risas de mamá eran el cierre perfecto de la mañana, faltaría enseñarles los frutos y platicar todas las cosas maravillosas

que sucedieron. Cuando Martina abrió el cajón donde había colocado las esferas rojas, estas se habían convertido en azúcar, montones de azúcar rojo cereza. Intentó buscar detrás del buró, pero sin encontrar ninguna tal cual el árbol se los había enviado. Cuando mamá entró a la habitación y vio el curioso color del azúcar y la cara de Martina sorprendida decepcionada de no poder contar la historia, sonrió tranquilamente y le dijo a su hija:

—No sé qué habrá sucedido, pero todo lo que me digas lo voy a creer, aunque la gente grande normalmente no lo haga, porque cuando tú estás cerca extraordinarias cosas pasan y he llegado hasta a cuestionar la existencia de alguna atracción que tienes, o si el aura que te rodea incluye magia. Tal vez esto que te digo sea algo complicado de entender; créeme que he tenido dudas de mi propia vista y de mi cordura porque en ocasiones me parece que mi amor de madre sobrepasa la verdad de lo conocido, pero estoy convencida que algún día volveré a tener suerte y por lo menos, papá tendrá la oportunidad que yo tuve alguna vez de vivir esa magia contigo.

Martina y su cara de estupefacción infantil hicieron a mamá reír a carcajadas. De verdad que apenas había entendido ciertas palabras y algunas ideas, como que ella tenía magia, cosa que para una niña era muy normal porque todos los sueños de todos los niños podían hacerse realidad. Aclaró su garganta como si estuviera a punto de cantar a todo pulmón y comenzó a contar a mamá lo que había sucedido —algo que sí pudo comprender era que mamá quería escucharlo—.

Cuando terminó de contar los sucesos de la mañana, ahora la cara de estupefacción había cambiado de dueña, pues aunque lo creía, mamá tenía el semblante de haber visto todo al lado de su nena. Recuperando un poco el hilo de la conversación, mamá lo sabía. Sabía que este era el momento y dijo:

—Déjame contarte una historia: cuando te dije que estuve viviendo la magia que ocurre a tu alrededor, era porque antes de ti yo tenía miedo a todos los hospitales. Me recordaban las veces que yo fui al doctor y los

pasillos eran fríos y los colores muy tristes. La noche que naciste, lo recuerdo bien, dormí viendo directamente una hermosa luna llena que me traía algo de paz. Más que paz, me dio fe. Tú estabas en otro cuartito, te habían llevado y cuando tuve oportunidad fui a darte las buenas noches. Quiero que sepas que no había luna llena antes de eso. Ese fue el primer milagro. Desperté mucho antes que todos, cuando apenas los rayos del sol empezaban a rozar el horizonte y creo que por esos rayos se abrieron las flores emanando el olor que me despertó: toda mi habitación, que antes era fría de colores grises, era ahora un solo tapiz de enredaderas con flores blancas... y si eso ya era para mí parte de un sueño, imagínate cuando entendí que ese hermoso aroma de las flores eran gardenias. Las gardenias, Martina, son flores que crecen en plantas como las que tenemos en jardín, nunca en enredaderas. ¿Te imaginas qué hermosas se veían las paredes? Estuve feliz todo ese tiempo porque de alguna manera sabía que Dios me daba una señal del enorme poder que te dio para atraer cosas insólitas como esa. ¡Cosas que le cambian la vida a cualquiera!

»Me sentí un poco mal porque realmente para papá y para mí el hecho de tenerte es el mayor milagro y no hay magia más grande, entonces me hubiera gustado que otras personas que no tienen tanta suerte lo hubieran disfrutado como yo. De hecho cuando papá entró, unas horas más tarde (porque recuerda que papá ronca como oso y prefirió que yo descansara), me preguntó si alguien me había regalado un perfume o si habían limpiado con un aromatizante muy bueno. Entre dormida y despierta me di cuenta que ya no había enredaderas pero las paredes habían dejado de ser grises para tornarse en enormes tiras manchadas con verde, como si un pintor se hubiera puesto a jugar creativamente con la brocha. Sé que esos colores fueron la marca de las enredaderas y el aroma era inconfundible. Esa noche le dije a papá y nunca lo dudó, ¿sabes?, y en algún momento se dará algo así entre ustedes. Pero no le digas que te conté, porque cree que eres muy

pequeña para saber que esas cosas, en el mundo de los adultos, son imposibles. Estoy segura que no importa tu edad ni cuánto crezcas, esa magia no se acabará jamás.

Cuando suceden o se escuchan hechos que en ese momento parecen no tener sentido o no son lo suficientemente importantes, creemos que los olvidamos. Pero siempre, tiempo después, al ocurrir algo que tenga alguna relación, nuestro cerebro extrae hasta el último detalle insignificante, incluyendo aquellas cosas que creíamos haber olvidado.

Eso mismo le sucedió a Martina con lo que mamá le dijo, pues un año más tarde pudo recordar casi todas las palabras que había utilizado ese día.

¿Qué sucedió siendo Martina un año mayor? Pues que de regalo de cumpleaños, el alcalde fue a visitarla. El alcalde ni siquiera sabía que era su cumpleaños, pero como mamá le había dicho, la magia aparece cerca de ella. Le pidió que el sábado utilizara toda su atención y esmero para una presentación final puesto que Martina ya había dado a conocer a varios en la ciudad su gran capacidad para contar historias, lo que nadie sabía era que ella las vivía.

Y finalmente, el alcalde dijo unas palabras que la niña, pues no se llamaba realmente Martina, recordaría muchos años:

–Te presentarás en el Gran Teatro. Puedes contarlo como lo has hecho siempre pero ahora con lujo de relatarlo durante el tiempo que tú quieras. Sería conveniente que cambiaras el nombre del personaje pero eso depende de ti. Todos esperan ansiosamente conocerte”.

Nuevamente les repito, si la historia se tiene que disfrazar de cuento, de acuerdo. Si la narra una persona pequeñita y eso les hace más difícil creerla, no importa. Es la elección de cada personita pequeña y grande poner su confianza en lo que consideren que sea real. Entonces les pregunto: ¿Esto se ve y sabe real?

La niña de hermosas mejillas y ojos café sacó de uno de los bolsos de su faldita un saquito aterciopelado color azul rey con un cordón dorado. Deshizo el nudo, vació en

su mano cuanto le fue posible de eso que tenía la bolsa y lo arrojó al público que seguía incrédulo y asimilando que la niña del relato era la que increíblemente estaba narrándolo. Vació otro puñado y lo volvió lanzar, después otra vez. Y el saquito quedó vacío. Lo que les estaba cayendo a todos sin mancharles sus ropas de gala era un polvo no muy fino color rojo, varios espectadores reaccionaron instintivamente encogiéndose en sus asientos antes de asombrarse por el brillo que tenía. Siguiendo la pregunta inquisitiva de la niña, algunos curiosos —los niños desde luego, antes que todos— lo probaron. Era azúcar. Azúcar con un poquito de sabor a cereza.

La pequeña hizo una reverencia en señal de agradecimiento a su público, sonrió con la misma inocencia con la que apareció y se fue dando minúsculos pasos rápidos fuera del escenario. Isabella era su nombre.

A los asistentes les tomó varios segundos, quizás hasta diez, reaccionar. El primero gritó el “bravo” más sonoro en años, abriendo la pauta para que todos se levantaran conmovidos a aplaudir con tanta motivación que el poderoso eco y la unión hacían que el sonido alcanzara sitios a varias manzanas del gran teatro. Querían más, pero era una noción de deseo por escucharla y al mismo tiempo deseo de ellos mismos hacer grandes cosas que les cambiaran la vida y todo a su alrededor. Salieron algunos llorando, otros riendo.

El estruendo de todos los pasos al unísono al salir anunciaba el comienzo de algo que no habían sentido jamás. Probablemente era una de las mejores veladas de sus vidas y no podían saber con exactitud —y se lo preguntaban— si esa manera de sentir era por el mensaje transmitido o si ellos habían sido, en efecto, la consecuencia de la magia de la niña.

Muchos meses se habló del suceso, cambiando destinos y haciendo de la ciudad una más próspera y casi utópica. Tres años más tarde fue condecorada como el lugar idóneo para vivir. Y a la fecha se preguntan si la reacción fue gracias a su magia, o si la reacción fue en sí la magia.

Quince años más tarde

Los sentimientos de intranquilidad junto con la ansiedad hacían una pareja perfecta esa tarde de viernes.

Isabella veía continuamente el reloj de su teléfono móvil, el del teléfono fijo, el de la computadora y el de la pared. Pensó que probablemente su improductividad le afectaría el lunes y que hubiera que regresar de nuevo a la oficina, pero en su cabeza existía el pensamiento que algo estaba por suceder. Tecleaba informes casi automáticamente; ni la presión del proyecto más grande de su vida la distraía de la seguridad que una noticia grande vendría a ella.

Isabella se entusiasmaba con el plan hecho realidad desde su infancia. Las personas que creían en ella ya eran aún más grandes y los nuevos niños no habían tenido la oportunidad de conocer lo que era capaz de conseguir. Apenas y ella lo recordaba, puesto que mientras más edad tenía, la sociedad daba menos mérito a soñar como niños... pero esa tarde por primera vez en años sentía lo mismo que aquella vez en el gran teatro.

La filantropía era algo con lo que soñaba y su única ilusión de trabajar detrás de una oficina era ir escalando para conocer más gente que le pudiera ayudar a cumplir ese sueño. Realmente el negocio de los bienes raíces no era lo suyo y por ello decidió salir de ahí seis meses después de intentarlo, comenzando una interesante etapa en su vida. Estaba por terminar el informe de las utilidades totales de los nuevos planes en los que había trabajado desde hacía meses, tras un arduo estudio y posterior propuesta de ella hacia sus jefes en una renombrada empresa muy particular llamada G&G.

Recordó cuando recibió un correo de parte de la asistente del director general de G&G en señal de felicitación.

Isabella suspiró volviendo al tecleo de su computadora poniendo el punto final. Leyó buscando errores a ser corregidos, pero no encontró ninguno.

Guardó lo escrito y ordenó su pequeña oficina antes de partir. Subió a su auto y se mentalizó a enfrentar el tráfico infalible.

Isabella creía altamente en la educación. Y a su vez, la educación generaba mentes más aptas para ser creativas. Cuando estudiaba la preparatoria estuvo apoyando a niños de escasos recursos dándoles asesorías para sus tareas. Sabía que las oportunidades existían en la vida pero para mucha gente estaban disfrazadas y a veces hasta enterradas y no había manera de sacarlas con la fuerza de solo dos manos. Una vez que ingresó a la empresa comenzó a informarse más de la operación de grandes escuelas reconocidas a nivel mundial y el impacto en las vidas de las personas que egresaban de ellas siempre para bien.

Pero había un detalle: había que ser increíblemente inteligente o tener mucho dinero, o ambas. Ella estaba muy orgullosa y agradecida para con sus padres por todo lo que le habían proveído, sin embargo era inevitable notar los contrastes tan evidentes en casos cercanos a su realidad. No esperaba cambiar el mundo, los grandes personajes, antes de ella siquiera soñar con convertirse en uno, le enseñaron que el mundo no puede ser cambiado por una persona porque sería jugar a ser Dios. No quería jugar a ser Dios, además necesitaría infinidad de años y de vidas para mantener a una pequeña parte de la población feliz. Pero estaba consciente que un individuo puede conseguir increíbles cosas, así que si lograba que una sola persona se convirtiera en lo mejor de sí, esta podría marcar la diferencia para muchas más, como si fuese una cadena.

Nunca olvidaría la noche en la que despertó agitada, sudando, sintiendo su corazón como un enorme tambor y sin comprender por qué, ya que no estaba teniendo pesadillas. Y entonces lo entendió: su cuerpo le estaba dando todas las señales para que abriera los ojos y anotara esa idea en papel para que no se perdiera entre las grandes locuras que crea la mente mientras duerme. Escribió sobre una hoja que tenía en su mesita de noche: "Harvard para todos".

Al despertar al día siguiente desarrolló la idea general detrás de esas tres simples palabras. Todo aquél que fuera muy preparado, con mucho dinero, y ambas, podía ingresar a las mejores escuelas en todo el mundo. Pero, ¿qué sino mucha preparación y mucho dinero es de lo que más carece este globo? La propuesta era sencilla: desarrollar un campus para personas que nunca tuvieron la oportunidad. Ni la de primaria, secundaria, preparatoria o universidad.

Este campus tendría como profesores de base a los mejores alumnos de las mejores escuelas de todo el país y algunos otros de intercambio con el fin de realizar sus prácticas profesionales o su servicio social ahí. El campus debería conseguir inversionistas, desde luego la parte más difícil, pero si fuese deducible de impuestos y les otorgara imagen y prestigio, tal vez la idea no se vendería tan mal. Y si las personas no pueden realmente asistir porque tienen familia que mantener o bien, mantenerse a ellos mismos, otorgar becas. Una excelente calidad de instalaciones, dormitorios, canchas de basquetbol, futbol, tenis. Comedor. Un buen comedor con buenas comidas. Este sería su segundo hogar pero su primera gran oportunidad de trascender.

Ese era el proyecto. Y, sin embargo, algo sucedía en la mente de Isabella que le obstaculizaba pensar en estrategias para buscar inversionistas lo antes posible. Por lo menos ya tenía el correo de la asistente del director general. No había pretextos.

Llegó a casa y ni bien había cerrado la puerta del coche cuando oyó el descorche de una botella. Isabella lo imaginó avanzar por los aires a toda velocidad al tiempo que escuchaba las risas de sus padres. Entró y con sonrisas en los ojos le sirvieron una copa de champagne, que era rarísimo porque nunca tomaban alcohol y mucho menos celebraban con ningún tipo de bebida tan especial en otras fechas que no fueran año nuevo o bodas... o en esas cosas que la sociedad considera necesaria la compra de una fina botella del vino espumoso.

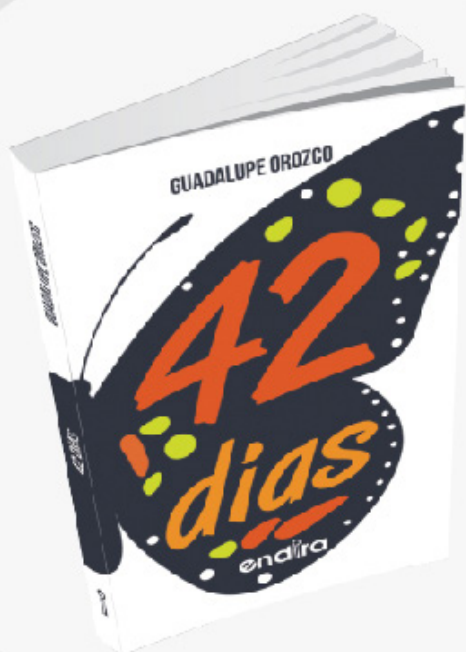
- Tu papá tiene una excelente noticia.
- Oficialmente me jubilo el próximo año.

Isabella sonrió dándole un efusivo abrazo a su padre. Luis siempre la pasaba ocupado y aunque todos los días tenía muy buen humor, el poder retirarse le haría mucho bien y estaría más cerca de ellas. La relación entre él y su hija era un tanto más cercana que la de la mayoría de las personas pero aún así no había momentos “mágicos” porque su trabajo nunca se los permitió, ahora ella sería la que estaría trabajando. En fin, las cosas tal vez se darían tarde o temprano como bien lo dijo su madre muchos años atrás. Caminaron animosamente al comedor para disponerse a cenar.

Las burbujas de champagne subían con rapidez por la angosta copa. Isabella ponía ejemplar atención a cada una de ellas mientras el sonido de los cubiertos era lo único que daba pie a suponer que se encontraban cenando. Un conjunto de nuevas burbujas emergían y sin titubear formaron un curioso...

¿Quieres continuar leyendo este libro?

ADQUIÉRELO



Dale clic aquí

Envío GRATIS a toda
la República Mexicana

Sí lo tuyo es la experiencia
en librerías, encuéntralo en:

gandhi.
libros-música-video-café

LIBRERÍAS
EL SÓTANO
SERVICIO AL PIE DE LA LETRA

¿Tienes alguna duda?

CONTÁCTANOS

lectores@endira.com.mx



EditorialEndiraMX